

El eterno Aspirante

por Yoel PRADO RODRÍGUEZ*

A

L DESPUNTAR LA TERCERA DÉCADA del siglo xx, el ajedrez político de Cuba, controlado hasta entonces por dos caudillos militares, debió incluir a un tercer jugador. El pueblo lo llamaba “el eterno aspirante”, pues durante largos años luchó sin éxito por ocupar la silla más codiciada

del País... Hasta que Palacio le abrió sus puertas y el doctor Alfredo Zayas Alfonso se convirtió en el cuarto presidente del período republicano.

Su triunfo aportó una nota novedosa a la vida nacional. Tras doce años de gobiernos encabezados por generales, un civil llegaba al poder el 20 de mayo de 1921 para hacerse cargo de la situación. Sin proponérselo, estaba poniendo fin a una época e inaugurando otra que marcaría la historia de Cuba. El suyo fue un cuatrienio que vale la pena recordar en estas páginas con espíritu crítico, pero también con la mayor objetividad posible.

La figura de Alfredo Zayas suele dibujarse en nuestra historiografía con trazos oscuros... y no sin razón. ¿Quién era este hombre? ¿Cuál fue su trayectoria antes de ser Presidente? ¿Cómo pudo llegar hasta allí? Su itinerario comenzó en 1861, cuando nació en el seno de una influyente familia habanera que sufriría los embates económicos de la Guerra de los Diez Años. El padre, José María Zayas, sucedió a don José de la Luz y Caballero al frente del famoso Colegio “El Salvador”, mientras que uno de sus hermanos, Juan Bruno, alcanzaría los grados de general en la Guerra del 95 y caería luchando por la libertad.

El joven Alfredo distaba mucho de ser tan impetuoso. Aun así, abrazó el ideal de la independencia y sufrió en carne propia los excesos del coloniaje... España lo confinó en sus prisiones del norte de África. Dicen que cuando se



Alfredo Zayas

le detuvo, sólo tenía una peseta en los bolsillos, de ahí que sus adversarios lo llamaran despectivamente “el pesetero”. También pasó a la posteridad como “el chino”, no tanto por sus facciones como por el temperamento inalterable que mostraba incluso en las circunstancias más difíciles. De la cárcel en Ceuta pasó a los Estados Unidos de América, donde se refugió hasta el fin de la dominación española.

Zayas fue uno de los padres de la Constitución de 1901 y, curiosamente, votó contra la Enmienda Platt. Estuvo entre los fundadores de aquel Partido Liberal del gallo y el arado que tanto arrastre lograría durante el primer tercio del siglo xx. Ganó un escaño senatorial en los albores de la República y ocupó la vicepresidencia del País entre 1909 y 1913. Dos veces compitió por la silla presidencial antes de 1920, y en ambas ocasiones experimentó el amargo sabor de la derrota. Pero era un hombre demasiado ambicioso, perseverante y astuto como para dejarse vencer.

Por aquellos días, dos caudillos monopolizaban el acontecer cubano: el liberal José Miguel Gómez y el conservador Mario García Menocal, ambos generales mambises y con una influencia enorme dentro de sus respectivas colectividades políticas. El doctor Zayas, abogado de profesión, carecía de blasones militares para competir en buena lid. Su desventaja era perceptible lo mismo en el seno del Partido Liberal (una de cuyas facciones capitaneaba), que en el enfrentamiento con los conservadores. Se dice incluso que el presidente Gómez vio con buenos ojos que fuese Menocal y no su Vicepresidente quien lo sucediera en el poder. Así de desgarradoras eran las pugnas entre “miguelistas” y “zayistas” al interior del liberalismo.

Sin embargo, los contratiempos no lo amedrentaron. Y es que Alfredo Zayas, además de una notable cultura y de cierto prestigio intelectual, tenía también grandes dotes oratorias. Con el don de la palabra conquistó los votos de muchos electores de aquel tiempo. Pero sin dudas el arma que más lo favoreció fue su habilidad política. Valiéndose de ella, dividió a los liberales y aprovechó al máximo las contradicciones entre estos y los conservadores.

En aras de conquistar la Primera Magistratura de la Nación, fundó el Partido Popular, cuyos 55 mil afiliados representaban una escuálida membresía frente a los 165 mil del Partido Liberal y los 160 mil del Partido Conservador. El pueblo lo bautizó como “el partido de los cuatro gatos”, y muy pocos apostaban por él en vísperas de las elecciones de 1920. Zayas realizó entonces una jugada maestra. Su buen amigo Juan Gualberto Gómez convenció al presidente Menocal de que conservadores y populares debían unirse detrás de una candidatura común. Así se formó la Liga Nacional, que postuló al doctor Alfredo Zayas para la presidencia y al general Francisco Carrillo como vicepresidente. “¡Zayas-Carrillo, triunfo en el bolsillo!”,



Gerardo Machado

gritaron sus partidarios durante la campaña que finalmente coronó los sueños de “el chino”.

Menocal erró en sus cálculos. Pensó que ejercería una fuerte influencia sobre el nuevo gobierno y que su retorno a Palacio estaría seguro en 1925. Mas no fue así. Zayas se distanció rápidamente de él y, encima de ello, al término de su gestión presidencial, decidió reconciliarse con los “liberales históricos” a cambio de algunas prebendas, auspiciando la candidatura de Gerardo Machado. Su ideología resultaba tan elástica que podía saltar de un extremo al otro del arco político sin ruborizarse. Los escrúpulos, lejos de atormentarlo, le molestaban, y no dudó en lanzarlos por la borda para conseguir su bienestar personal.

Sin dudas fue esta la debilidad más censurable de Alfredo Zayas, el pecado que enturbió toda su obra de gobierno. La corrupción –que no comenzó ni terminaría con él– alcanzó niveles alarmantes en los años que corren de 1921 a 1925. Fraudes inmensos, negocios escandalosos, sobornos al más alto nivel y leyes compradas en los mismísimos salones congresionales, marcaron la cotidianidad y escandalizaron a la opinión pública. El nepotismo también hizo época, pues el mandatario se las ingenió para ubicar a hijos, hermanos, sobrinos y primos en puestos claves. Aunque parezca difícil de creer, en cierta ocasión el premio gordo de la Lotería quedó en manos de la familia presidencial. Y el propio Zayas, que llegó a Palacio sin un sólido patrimonio, salió de allí con millones de dólares en los bolsillos.

Los norteamericanos, árbitros supremos de la política cubana a la sombra de la Enmienda Platt, creyeron necesario poner orden en el País y, aunque ya tenían un Ministro Plenipotenciario, enviaron a otro personaje con amplios poderes. Era el general Enoch Crowder, quien conocía de

cerca los problemas criollos y se convirtió en representante personal del presidente Warren Harding. Su arribo coincidió con una penosa crisis que presagiaba el colapso económico de la Isla. El Gobierno necesitaba desesperadamente dinero para funcionar y cumplir con las obligaciones que había heredado, de manera que Crowder aprovechó las circunstancias para condicionar cualquier empréstito futuro al adecentamiento de la administración criolla.

A través de unos famosos *memorandums* que dirigió a Zayas, el General sacó a relucir las aristas más escandalosas de la corrupción y reclamó medidas urgentes, entre ellas el castigo para los culpables. Frente a la indiferencia del mandatario, multiplicó sus presiones, incluida la amenaza de una intervención militar. Por fin, logró que se desalojase a los ministros corruptos e impuso el “gabinete de la honradez”, integrado por personas en su mayoría competentes y honradas, pero algunas de ellas demasiado afines al interventor. Forzó también la aprobación de varias leyes moralizadoras que, al menos en apariencias, ponían en aprietos al inquilino de Palacio.

Sin embargo, la victoria de Crowder fue fugaz. Después de lograr la concertación de un empréstito millonario con la Casa J. P. Morgan y Compañía, el habilísimo Alfredo Zayas, que se sentía ya más fuerte desde el punto de vista económico, emprendió el contraataque. Para entonces, Crowder recibió el nombramiento de Embajador en Cuba y sus poderes mermaron, pues debió respetar las formalidades diplomáticas. “El chino” se las ingenió para debilitar aún más la influencia del procónsul, explotando los sentimientos nacionalistas de sus compatriotas, ante los cuales se presentó como defensor de la soberanía nacional ultrajada. Así logró desembarazarse del “gabinete de la honradez” y de algunas leyes incómodas.

Sería injusto omitir las cosas buenas que también tuvo aquel período. En el terreno de las relaciones con Estados Unidos no todo fue intromisión, pues nuestros diplomáticos lograron finalmente la ratificación del Tratado sobre Isla de Pinos, con lo cual Cuba recobró el pleno control sobre esa parte de su territorio. Si se mira a la realidad socioeconómica, comprobaremos que el País dejó atrás la época de “las vacas flacas” y experimentó una progresiva recuperación, que se puso de manifiesto en los mejores precios del azúcar.

Pero me atrevería a afirmar que lo más loable del gobierno de Zayas fue el clima democrático que auspició. Se ha dicho que los graves errores de aquella administración aceleraron el despertar de la conciencia patriótica y la irrupción de movimientos disímiles. Fueron los años de la Protesta de los Trece y el Grupo Minorista, de la Junta Cubana de

Renovación Nacional y la rebelión universitaria, del Movimiento de Veteranos y Patriotas y el auge del feminismo, de la creciente agitación de los núcleos obreros y el fortalecimiento de las ideas de izquierda... Manifestaciones todas que habrían sido impensables sin la atmósfera de tolerancia que propició el Presidente civil.

Recordemos, por ejemplo, la Protesta de los Trece. Este histórico episodio, ocurrido el 18 de marzo de 1923, se desencadenó a raíz de una turbia maniobra gubernamental con el Convento de Santa Clara. La adquisición fraudulenta del inmueble dio pie para que un grupo de jóvenes manifestara su inconformidad, desenmascarando al entonces Secretario de Justicia. Pese a la magnitud del escándalo, ninguno de aquellos muchachos fue a la cárcel. Al contrario, siguieron expresándose con absoluta libertad. Pero... ¿qué habría sido de Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Jorge Mañach o José Zacarías Tallet –por mencionar sólo a cuatro de ellos– si en vez de Alfredo Zayas, hubiera sido un dictador intolerante el amo de Cuba?

Durante el cuatrienio 1921-1925, las agrupaciones políticas actuaron sin trabas, la prensa publicó cuanto quiso, la ciudadanía se asoció y protestó libremente, transgrediendo a menudo ciertos límites... Y a pesar de los excesos, el Primer Magistrado guardó la compostura. Soportó con estoicismo la avalancha de críticas sin reprimir, encarcelar, torturar o asesinar a sus opositores. Podría decirse que a veces se atrincheró en una cínica indiferencia, como si no le importasen las críticas. Podrían censurarse algunos métodos “conciliadores” que empleó para solucionar los conflictos (él pensaba que todos los hombres tienen su precio). Pero hay que reconocer que fue enemigo frontal de la violencia. Tampoco cedió a la tentación de reelegirse y, cuando se le cumplió el tiempo, se marchó a casa.

Cuentan que en el crepúsculo de su mandato, vio desde una ventana cómo los jóvenes le prodigaban insultos y apedreaban la estatua que se había erigido frente al Palacio Presidencial. Su séquito se mostró irritado y propuso actuar con rigor, pero Alfredo Zayas no apeló a la fuerza. Simplemente dijo: “Hoy me tiran piedras, mañana me tirarán flores”. Y el tiempo le dio la razón, pues más allá de las graves faltas que cometió como gobernante, su época quedó en la memoria como un oasis de libertad en abierto contraste con la dictadura que implantaría su sucesor, el general Gerardo Machado. Ω

* *Licenciado en Periodismo y en Historia. Miembro del Consejo de Redacción de la revista Amanecer, diócesis de Santa Clara.*